

Soy una isla

jacqueline Sellan Bodin



Capítulo 1

1

Soy una isla.

En mí encallan tus naufragios.

Anclas en mi arena y desembarcas.

Dejas tus huellas desnudas en mi playa.

Te sigo.

Me recorro callada hasta la orilla

y te encuentro

construyendo una canoa con mis árboles.

¡Cuidado!

Soy una isla.

Ya verás que invento un maremoto

que te traiga de regreso

hasta mi playa.

2

Como una embarcación a la deriva

se acerca tu corazón,

temeroso de los muelles,

de las rompientes adustas,

de las olas demasiado brutales.

Frágil barquichuela perdida entre neblinas,

sorteando tempestades,

temblorosa de oleaje,
con la cubierta tendida de redes embreadas.
Los peces pasan bajo ella y las mareas.
Embarcación fugitiva,
cercada de nubes como un sueño.
Pero lleva mi nombre escrito
con letras verde mar.

3

Cuando baila la luna sobre las montañas
su aquelarre maldito de sangre y velos negros,
ese mar que tiembla en nuestra sangre
alza olas estrepitosas de locura,
blanda espuma reemplaza al pensamiento,
la lógica se hace añicos
sobre rompientes iracundas,
y el insomnio se vuelve áspero
como los acantilados de mi infancia.

Cuando la luna impúdica
pasea su vientre grávido
de pesadillas infames,
se abren oscuras y desconocidas compuertas
y todos los monstruos, desbocados,
se precipitan en nuestros manantiales

a babear en las aguas cristalinas
su azufre fétido y mortal.
Cuando la mentirosa luna
simula un quieto lago de marfil dorado,
cierra tus ventanas,
pon gruesas cortinas en tu alcoba,
y huye,
huye en un sueño de verdes praderas
o de quietos cipreses,
escóndete en un sueño soleado y claro
y busca en él tu verdadero corazón
olvidado un día en la playa
a orillas del mar.

4

Soy el león color de la sabana
y la gacela mítica que salta hacia su flecha,
el opulento millonario que juega
a ser dueño del mundo en su caja de cristal
y el mendigo que sesteá
en el quicio de la iglesia,
la música que hace temblar el árido espacio

y el silencio que tiembla
bajo las notas quebradas,
soy la turbulenta muchedumbre
que aplasta sus pasos en el polvo
y la soledad piadosa de las grutas
donde el agua exuda de las rocas quietas,
soy el pan desmigado a las palomas
y el estiércol que cimenta
los cerrados palomares,
soy la lluvia que arremolina el viento
soy la sequedad insomne del desierto
y soy el claro despertar del día
y su abrupta caída en tenebroso abismo,
la estrella fugaz y la que nunca ha sido,
y el fuego sutil de la arboleda del otoño
y el vasto crepitar de la primavera,
y la estrella polar y el sol
durante un eclipse infinito,
el comienzo del ser en medio de las aguas
y el final de todo
en el devastado horizonte de la muerte.

5

La calle oscurecida,
una trémula pared sin ventanas ,
el cielo,
una estrella lejana,
y la ensortijada nube.
Mis pasos errantes,
inconexos,
inquietan el pavimento húmedo.
Con friolento afán
me envuelvo en la niebla,
tratando en vano de reconfortar
este sombrío crepúsculo.

6

Esta carrera desperdigada
en la que nadie llega

y la meta es jamás,
una calavera en cada mirada,
el hueso agudo de la muerte
tendido de mano a mano,
ese ritmo de estrellas fugaces
que pasan demasiado rápido
y nos dejan en el fondo del paladar
palabras inconclusas,
un anhelo vibrante
de incumplidos sueños,
y el sabor acre de la pesadilla
pegado a la sonrisa final.

7

Amor,
palabra tan corta,
tan simple,
tan repetida.
Todos te gastan
en aullantes canciones,
y te susurran en callejones oscuros.
Te ríman con flor

y te comparan con las rosas tempranas.
Te repiten con voces trémulas,
ponen los ojos hipócritas en blanco,
juran tu nombre en vano
justificando sus sórdidos devaneos.
Cuánto egoísmo ensortijado
como un caracol lleno de afiladas garras.
Te musita la lujuria en cuclillas en el barro.
Ponen tu culo en remojo para mejores ofertas.
Y luego, te venden al mejor postor
como verdura un poco pasada en el mercado,
y al final, te tiran a los puercos,
cuando ya no eres más que una col marchita.

Del libro: Soy una isla.